

chazarlo: “Gran parte del arte contemporáneo en Estados Unidos conlleva aspectos del cuerpo humano que entrañan posturas católicas, pero estos aspectos, al mismo tiempo, son ofensivos para una moralidad católica conservadora” (*ibíd.*). Aunque tal vez sea la parte más curiosa del libro, seguramente es la más polémica. De cualquier forma, resulta interesante y cierra de una forma coherente la interpretación del artista y su arte que Danto ensaya.

En conclusión: Danto informa del antes y del después de Warhol y ofrece una comprensión completa de su obra. El estilo de Danto es claro y directo. La lectura, sin perder enjundia, resulta amena. Sabe traer a colación autores y preguntas. Tal vez resulte más fecunda a un lector norteamericano: el tema y el modo de Warhol son mucho más cercanos a los estadounidenses. Aun así, como la influencia de Warhol ha sido amplia, el interés del libro sobrepasa las fronteras americanas. Tanto como introducción a Warhol o guía para su obra, su lectura es pertinente. Danto también hace, de vez en cuando, referencias autobiográficas. Él, a fin de cuentas, nació cuatro años antes que Warhol y también quiso ser pintor, aunque expresionista y no *pop*. Esta cercanía al artista es realmente útil a la hora de entender la importancia de Warhol en su contexto. Sobre todo, para entender los años sesenta y la ruptura que supuso el *pop art* frente al expresionismo abstracto.

Philip Muller. Universidad de Navarra
pmuller@alumni.unav.es

HAHN, SCOTT Y WIKER, BENJAMIN

Dawkins en observación. Una crítica al nuevo ateísmo, Rialp, Madrid, 2011, 192 pp.

El problema de la existencia de Dios ha sido uno de los *leitmotivs* en la historia del pensamiento occidental. De una forma u otra, los principales filósofos se han pronunciado sobre él. En la actualidad, también los científicos creen poder dar una respuesta al problema, a partir de la evidencia científica del mundo o de una epistemología basada en

ella. Este es el caso de Richard Dawkins, uno de los ateos con mayor presencia —no exenta de polémica— en los medios de comunicación. La perspectiva del impacto social de sus ideas ha llevado a Scott Hahn y Benjamin Wiker a tratar de desmontar el fundamento metafísico o epistemológico de sus teorías. Ambos critican la identificación que hace Dawkins entre los conceptos de “posibilidad” y “probabilidad”, así como sus dificultades para caracterizar el orden moral.

El tema más importante, que se repite a lo largo de todo el libro, es el de la (im)posibilidad y la probabilidad de que algo exista u ocurra. Dawkins afirma que todos los fenómenos naturales son susceptibles de explicación desde la ciencia. Sólo podemos referirnos a aquello que la ciencia es capaz de explicar, por lo que no cabría hablar de milagros, es decir, de intervenciones de un Ser Superior en los fenómenos naturales. Por el contrario, Dawkins parte de que cualquier suceso es posible desde el punto de vista físico, aun cuando su probabilidad sea ínfima. Con los instrumentos que nos da la ciencia podemos explicar esas probabilidades, de modo que no necesitamos de Dios para dar razón de estos sucesos. Nos basta el azar, es decir, el recurso a las probabilidades naturales de que sucedan ciertos hechos; por ejemplo, la probabilidad (baja pero existente) de que en una ruleta el color negro salga treinta veces seguidas.

Dawkins cita como ejemplo una estatua de mármol de la Virgen que, contra toda previsión, nos saludara con la mano. El movimiento del brazo de la estatua puede producirse si todas las moléculas que componen su mano, en lugar de chocar entre ellas caóticamente, se movieran en la misma dirección. Si esto llegara a suceder no haría falta hablar de milagro. El planteamiento que subyace al razonamiento es éste: lo que inicialmente considerábamos imposible sólo era en realidad altamente improbable, un argumento que Dawkins repite al hablar del origen de la vida.

Hahn y Wiker critican la idea de que todo es posible y, por tanto, probable, aun en los casos en que esa probabilidad sea casi nula. Para ellos un suceso milagroso como el planteado no sólo es físicamente improbable, sino totalmente imposible; tanto, dicen, como el hecho de lanzar una baraja al aire en medio de un huracán y que los naipes caigan ordenadamente formando una casa de cuatro pisos integrados por cada uno de los palos (cfr. pp. 29-30).

Además, si como Dawkins parece suponer, todo es posible, también los milagros deben ser posibles, tanto o más que la disposición extraordinaria del movimiento de las moléculas de la estatua. Nada parece excluir esta posibilidad. ¿Por qué la descarta entonces *a priori*? ¿Qué diferencia hay entre el saludo de la estatua, un burro volando hacia la luna y la existencia de Dios? ¿Cuál de estos hechos es más probable?

El otro tema del libro es el problema de la moralidad. En efecto, la presencia o ausencia de Dios marca una diferencia radical en nuestra consideración del bien y el mal éticos. Especialmente complejo es el problema de delimitarlos. Uno de los ejemplos que proponen Hahn y Wiker para ilustrar esta idea es el del adulterio (cfr. p. 126 y ss.), que sólo resultaría censurable desde una perspectiva creyente, pero nunca en un contexto en el que se exaltara por encima de todo la lucha por la supervivencia (Darwin llegó a proponer que la competencia y la selección natural no deben verse frenadas por la costumbre o la ley).

El evolucionismo ateo de Dawkins le sugiere la existencia de un universo amoral, como ya hicieran otros antes que él (Hume, por ejemplo). Ahora bien, esta indiferencia, esta ausencia de bien y mal morales contradice, según Hahn y Wiker, su propia crítica al cristianismo y, en especial, al Dios bíblico. En efecto, bajo los presupuestos de Dawkins no sólo parece imposible emitir un juicio moral sobre algo o alguien en un mundo amoral, sino que la propia evolución natural del universo, que Dawkins defiende, tiene los rasgos que él censura en el Dios del Antiguo Testamento: es cruel, inflexible, jactanciosa, infanticida, genocida, etc. De hecho, la actitud de los israelitas en el Antiguo Testamento, tan censurada por Dawkins, es coherente con su propio planteamiento, pues para él los individuos somos únicamente un conjunto de genes egoístas que utiliza a los demás como medio para su propia supervivencia.

En resumen, los autores critican a Dawkins, por un lado, que pretenda convertir todo lo que puede ocurrir en un hecho físicamente posible y explicable (excepto Dios y los milagros). Al mismo tiempo, es incapaz de dar contenido a los enunciados morales. En la primera cuestión, Dawkins no aclara por qué el caso de Dios es “especial”; en el segundo, su negación del Absoluto y su concepción del

hombre como un ser egoísta por naturaleza le llevan a plantear un universo sin leyes ni categorías morales.

Dawkins en observación es un libro accesible, de lectura fácil, sin grandes pretensiones ni jerga técnica, y en el que se agradecen las continuas referencias a las palabras textuales del oponente. Quizás el único aspecto mejorable sea el planteamiento de la primera crítica, es decir, la referida a la cuestión de la (im)posibilidad y la probabilidad. En efecto, al tachar de “imposible” el movimiento molecular en el ejemplo de la estatua, los autores descartan, o al menos así lo parece, que el suceso pudiera ocurrir, sea o no debido a la voluntad divina, justamente de esa manera. En otras palabras, parece razonable pensar que, sea cual sea la causa, las moléculas del mármol podrían adoptar ese movimiento. Es decir, habría que dar cabida a la *posibilidad* de que las intervenciones divinas en el mundo de lo natural puedan analizarse descriptivamente mediante las leyes naturales, desconocidas o no hasta el presente, siendo sin embargo su causa, bajo la apariencia del azar, explicable para el creyente como una intervención de Dios. En cualquier caso, en mi opinión no se debe descartar de antemano esta posibilidad.

Por tanto, no queda suficientemente matizado que el problema se encuentra en el orden de las causas, no de los hechos. Si Dios quiere hacer un milagro, podría servirse si así lo desea de las leyes naturales. Si decimos que es imposible que las moléculas se muevan de la forma que hace falta para que la estatua parezca saludarnos, habría que aclarar que tal vez es imposible “por azar”, entendiendo “por azar” algo de lo que la física actual sólo podría dar razón, como máximo, en un sentido descriptivo, no justificativo. En mi opinión, no se debe conceder a Dawkins que lo físicamente posible sea equivalente a lo que puede surgir “por azar”; puede haber otros sucesos naturales no “ciegos” que, siguiendo o no leyes naturales, sean inteligibles. La crítica no debe dirigirse a la posibilidad de un suceso, sino a la supuesta omnipotencia que Dawkins concede al azar al tiempo que se la niega a Dios.

Sergio Clavero García. Universidad de Navarra
sclavero@alumni.unav.es